

CRONICA ACADEMICA

El 10 de octubre de 1953 fué inaugurado el curso académico con la acostumbrada solemnidad pública y asistencia de autoridades. En esta sesión se leyó la memoria reglamentaria por el Académico Secretario don José Luis Fernández de Castillejo, y el Numerario don Dámaso Torres leyó el discurso de apertura desarrollando el tema *Divagaciones tolklóricas*.

—En la sesión ordinaria del 14 de noviembre disertó don José María Ortiz Juárez, sobre el «Juan de Mena» de María Rosa Lide de Melquiez.

—El 21 de noviembre fué la solemne recepción pública, en el Salón de Actos del Ayuntamiento, del Académico de Numero don Miguel Angel Ortí Belmonte, cuyo discurso versó sobre *El tuero de Córdoba*, y se insertó en el número anterior de este BOLETIN, y al cual contestó en nombre de la Corporación el Numerario don Vicente Flórez de Quiñones.

—El 5 de diciembre diserta don José María Rey, sobre el Gran Capitán.

—El 12 de diciembre se dedica a la conmemoración anual que la Academia rinde a la Inmaculada Concepción, a cargo de don Rafael Aguilar Priego y don José María Ortíz Juárez

—El 19 de diciembre disertó don José María Ortíz Juárez sobre *La Navidad en la poesía de Góngora*

—En la sesión del 9 de enero de 1954, se acordó felicitar al Círculo de la Amistad, por la brillantez de los actos celebrados el día 30 de diciembre anterior, en los cuales culminaron las celebraciones dedicadas por esa entidad al cumplir el primer siglo de su creación.

—El 20 de febrero disertó don José Luis Fernández de Castillejo sobre *La capacidad civil de la mujer casada*.

—El 7 de marzo se celebró sesión extraordinaria en homenaje al Director honorario de la Academia Doctor don José Amo Serrano, por haber cumplido los cien años de edad el día 3 de este mes y año. Con su mente lúcida y fresca, sus miembros ágiles y su porte erguido, el Doctor en Medicina Don José Amo Serrano, quien durante más de un cuarto de siglo ha dirigido nuestra Academia, recibió el homenaje de la Corporación en pleno. El

Censor de la Academia, Don José María Rey Díaz, le dedicó una cariñosa y laudatoria memoria biográfica, seguida de elocuentes conceptos del Dr. D. José Navarro Moreno, con la representación de la Academia de Medicina de Córdoba y Colegio de Médicos, del Catedrático de la Escuela de Veterinaria Don Diego Jordano Barea, y por último del Director Don Manuel Enriquez Barrios, a quienes contestó agradecido y elocuente el ilustre centenario. Después fué agasajado con un almuerzo en el Círculo de la Amistad por compañeros académicos, familiares y amigos

He aquí el ofrecimiento del homenaje hecho por el Académico Censor Don José María Rey y Díaz:

SEÑORES INVITADOS:

Pronunciar en Córdoba estas breves sílabas: *Don José Amo*, es traer al recuerdo de muchos cordobeses una figura respetable.

Nombrar a Don José Amo, entre nosotros, miembros de esta centenaria Academia, es releer una larga página de la historia de nuestra Institución, que tuvo su inicio en la fecha de 4 de Diciembre de 1905, en que lo propuso Académico correspondiente el buen don Teodomiro, sigue al 9 de Noviembre de 1908, día de su entrada aquí a ocupar un sillón numerado, llega felizmente hasta hoy, y Dios quiera que se dilate por mucho tiempo.

Invocar en mi presencia el nombre limpio y breve de este caballero cordobés, amigo fraterno de mi padre, médico de mi casa, que me consideró siempre como un miembro de la suya, después de haberme cuidado con sumo interés y generosidad en mi precaria salud, durante mi infancia; que me alentó en la primera juventud; y que por fin me trajo, como de la mano, a esta Academia en 1912, cuando daba yo los primeros pasos en el camino de las letras, es hacerme sentir, de cerca, el refrigerio de la sombra del padre, que una temprana orfandad no me había dejado gozar.

Disculpad que haya hablado de mí mismo; pero acaso sean estos emotivos recuerdos, y no otra razón, lo que me movió a aceptar el encargo con que nuestro Director el señor Enriquez Barrios me distinguiera, hace unos días, designándome para intervenir, a nombre de la colectividad, en este acto homenaje a don José Amo, acto que no tiene precedente en el historial de nuestras solemnidades académicas, públicas o privadas, y que se ha de repetir, sin duda, pocas veces.

La vida de este longevo admirable—a quien la voluntad de Dios acaba de deparar el privilegio de poder doblar en el camino de su existencia la esquina de la edad centenaria hace treinta días—, es una vida plena y rítmica, que nos ofrece, a todos los cordobeses, una lección de equilibrio orgánico perfecto, de una serenidad, de paz y de rectitud austera y parca, de una manera de vivir, dilatada mas allá de los límites normales.

Séame permitido hacer de tan larga biografía, una síntesis al menos. Luego don José Amo la ampliará sin duda, con hechos interesantes, en la conversación sana y sencilla, sin altibajos—como siempre es la suya—que nos tiene ofrecida para feliz y grato epílogo de este acontecimiento.

José María de San Blás Amo y Serrano Muñoz y Escribano, nació en la casa número 6 de entonces, de la calle de la Sillería: collación de San Nicolás de la Axerquía o San Nicolás del Río, a la una y media de la noche del 3 de febrero de 1854, de padres modestos y honradísimos: José Amo y Dolores Serrano, naturales de Córdoba.

Tres días después, el 6, recibía el agua lustral en la pila de aquella nombrada iglesia (hoy arruinada y en alberca) de manos del sacerdote Navajas, autorizado por el Párroco, que a la sazón era el Padre Solís, fraile ex-claustrado.

El muchacho se crió en el escenario del Potro, que Cervantes había incorporado dos siglos y medio antes al mapa de la picaresca española. No quiere esto decir que el niño Pepe Amo de entonces, comedido y juicioso, se criara en medio del arroyo en el pintoresco paraje, sino que la circunstancia de tener su padre la tienda de herrar—pues que ejercía el albeiteazgo—en un portal de la esquina del Potro a la hoy calle de Lucano, daría motivo a un constante ir y venir desde la Sillería a la calle Real, camino entonces de Madrid a Sevilla, por donde circulaba todo el trajín de recuas y de caminantes; en donde se alineaban posadas y mesones y donde bullía el tráfico de aquel tiempo.

¡Cuántas veces llegaría a los oídos del muchacho inocente, la copla o el ditirambo que otros chicuelos canturreaban!...

En la plazuela del Potro
Hay muchas cosas que ver.
Las barbas de Bernabé
La novia del niño Amigo
Y la tos del maestro Andrés...

Este maestro Andrés, catarroso y bienquisto en todo el barrio cervantino, era el abuelo de don José Amo, albéitar, herrador, como el padre, y precursor de él, en la tienda modesta frontera al Parador de la Espada.

La circunspección del chiquillo era famosa en la vecindad; su formalidad y su buen juicio, impropio de los pocos años, tenían encantado a un matrimonio sin hijos que habitaba en una casa próxima a la suya natal: el cirujano don Manuel Cobos Junguío y su esposa doña Ana González Urbano, quienes iban a ser los favorecedores de Pepito Amo, el hijo, modelo de niños, de su convecino el maestro Veterinario...

Con viva simpatía trataban al pequeño, que entraba y salía, como en su propio domicilio, en la casa del Médico Cobos. Y, se terció una coyuntura que apretó estos lazos de afecto: el derrumbamiento de una techumbre

en el domicilio de los padres de don José Amo —accidente desgraciado, con víctimas—, que movió al matrimonio Cobos, a recabar de los progenitores del muchacho, la gracia de que éste pasara a vivir del todo en la casa de aquéllos, privilegio y solicitud a la que el buen albéitar accedió en parte: de día, Pepe Amo acompañaría a sus bienhechores; pero de noche, porque no hubiese dejación en la patria potestad, había de ir forzosamente a dormir a la casa paterna; así ocurrió hasta que un nuevo acontecimiento sobrevino. Nuestro compañero de ahora, niño de diez años entonces, quedó huérfano de padre y fué retenido, del todo, en la casa del Cirujano, como si realmente hubiera nacido en ella y fuera hijo de aquel matrimonio, que no hubo la ventura de tenerlos.

Pronto se preocuparon de la formación intelectual del hijo adoptivo. Primero a las Escuelas Pías de la Compañía, bajo la férula de un famoso maestro, miembro destacado de nuestra Academia y hombre de prestigio bien ganado en toda Córdoba: don Rafael González Navarro, próximo pariente de la madre adoptiva del escolar. Tras del estudio de las primeras letras con tan excelente profesor, Amo Serrano pasó al Seminario Conciliar de San Pelagio, de donde era Rector un Canónigo preeminente; don José Cobos, hermano del médico que había adoptado, de hecho, al jovenzuelo.

Después de tres años de cursar entre los de la beca azul, se trasladó el estudiante al Instituto y allí concluyó el Bachillerato, siendo estimado por su gravedad y buen comportamiento, de los Profesores de la Asunción, cuyos nombres y cuyo magisterio don José no ha olvidado: don Luis Nivedual, sacerdote, agustino exclaustro; don Telesforo Mauray, Peré, Escamilla, Portal, Moral, don Pedro García Yergo.

Otros nombres que están estereotipados en la memoria del escolar de entonces: Muntada y Andrade; el Marqués de la Corte; Masa Sanguinetti; Burillo de Santiago; Sentenach de Herrera; don Patricio Palacios; Virgilio Fuerte, o el iracundo don Victoriano Rivera.

Cuando llegó la hora de elegir carrera facultativa, pareció a su protector el médico Cobos, que no otra, sino la suya, debiera emprender. La Facultad de Medicina y Cirugía se consideró orientación preferible. Y se aprovechó la coyuntura que brindaba en el año de 1870 a cuantos jóvenes cordobeses se encaminaban a estudios superiores, el hecho de la fundación aquí, de una Universidad Libre, que permitía, durante unos años —muy pocos—, a los que seguían estudios mayores en Derecho, en Medicina o en Farmacia, ser universitarios sin moverse de su tierra y de su casa.

A la Universidad Libre de Córdoba y a su Facultad de Medicina fué el joven José Amo a matricularse. Funcionaba en el propio edificio del Instituto-Colegio de la Asunción y allí iba a ser aleccionado por Profesores de Ciencias (los mismos del Instituto) como don Jorge Masa Sanguinetti, o don Narciso Sentenach Herrera; por médicos como don José Valenzuela

y Marques, don Ángel Quintana y Alcalá, don José Rodríguez o don Rafael Anchelerga; o los hermanos Serrano, entre otros Maestros.

De compañeros suyos de entonces, de condiscípulos rigurosos, son estos nombres que vamos a desgranar a su oído con una fuente de recuerdos y sugerencia; nombres de médicos que ya no viven, pero que él trató fraternalmente y que vosotros también (los sesentones de hoy) hemos conocido en Córdoba, actuando o retirados de la profesión; don Norberto González Auriolos; don Rafael Vázquez Saud; don Sebastián Criado Canales, don Rafael Catalán, don Genaro Lacalle, o don Juan Velasco Vergel, don Mariano Guevara; otros estudiantes de aquellos cursos que procedían de pueblos de la provincia: Mateo Cámara, Celestino Párraga, Jesús Caja, Manuel Lestón o Juan Crellana; o, cursantes de Medicina que luego fueron Boticarios: Antolín Crespo o Enrique Villegas Rodríguez.

En la Universidad libre de Córdoba laboraron en el aula, como aspirantes a abogados, otros, cuyos nombres y cuyo recuerdo aun no hemos olvidado: don Antonio Barroso y Castillo, don Eulogio Montijano, don Antonio Escamilla, don Manuel Velasco Vergel, don Antonio Ariza Víctor, don Eustasio Terroba o don Rafael Rubio y Góngora de Armenta; Torres Illescas don Antonio, Sentenach el hijo, Hacar y Mora, o don Rafael Pellitero. Todos han sido tratados y queridos por nosotros y todos están hoy bajo tierra.

No concluyó sus estudios de Medicina don José Amo en la universidad cordobesa, libre, temporal y circunstancial; sino que se trasladó a cursar, desde 4.º año hasta el final, en las aulas universitarias de Madrid, licenciándose en ellas, hacia el año de 1875. Quedó entonces facultado para el ejercicio de su profesión; pero bien podemos todavía sospechar, que, llevado de su vocación, seguro de su competencia y ganoso de descargar de trabajo a su padre de adopción Cobos Junguitos, don José Amo vió y trató enfermos, antes de recibir la investidura de Médico o de Doctor en Medicina. No había tal vez entonces, tanto empacho de legalidad como hoy, y nadie podía calificar de intrusismo el adelanto a la competencia y versación a un arte, de quien lo dominó prontamente, en razón del afán de estudio y del medio ambiente favorable. Tenemos entendido, que cuando Isabel II perdió su Trono en Alcolea, hubo tal número de bajas en las tropas de los dos bandos contrapuestos en la batalla famosa, que alcanzó al cirujano en agraz don José Amo, la misión humanitaria de hacer curas de urgencia a los heridos. A entonces se remonta, si ello es así, la fecha de su inicio en el arte de curar; y en ella tendremos el punto de arranque de su labor profesional, que, luego, yo he visto dar por concluida en los años de 1916 al 20, en que don José se retiró casi por completo de sus tareas sanitarias. Mas de medio siglo haciendo el bien y devolviendo a los enfermos, salud, digna continuación de la tarea de su educador el señor Cobos Junguito.

Otro médico cordobés, consciente de la valía del Doctor Amo —don Camilo Alzate,— le concedió máxima beligerancia en las lides facultativas, abriéndole de par en par, al trabajo y a la observación, las Salas del Hospital del Cardenal.

Ejerció de Forense don José durante 35 años, y, no pocos además, de Subdelegado de Medicina del Partido, y de Inspector Provincial interino de Sanidad. Sin ayuda de nadie, sin un escribiente siquiera, que le aliviase del papeleo indispensable para el ejercicio de estos cargos, yo le he visto entregado a ellos, año tras año y día por día, despachándose cada noche, a la luz de un quinqué de pantalla verde, en su despacho de la calle del Císter, larga y difícil correspondencia oficial, a punta de pluma y de modo autógrafa.

Ello no estorbaba para que el Doctor Amo, realizara cotidianamente una tarea científica ímproba; dos salidas a visitar enfermos a la calle, una por la mañana y otra por la tarde, atendiendo una clientela numerosísima y muy selecta; fué Médico de tres Obispos; del Padre Ceferino, de su sucesor don Sebastián Herrero y del Prelado comprovinciano; de don José Proceso Pozuelo y Herrero a quien antes conociera en las aulas del Seminario, y, como lo fué también, del Colegio de San Pelagio, entonces populoso.

Esta larga asistencia domiciliaria, no le impedía el ejercicio de la caritativa empresa, hoy caída en desuso, de mantener una consulta gratis para los pobres, abierta en su casa, todos los días, de 12 a 2. Siempre estuvo ocupada por entero la larga banca de su portal, por enfermos indigentes a quienes atendía con solicitud y cariño; enfermos de ojos en su mayoría. Esta fué la especialidad predilecta del Doctor Amo Serrano, antes que hubiera en Córdoba ninguna consulta de oftalmología. Tras de él, actuaron Rodríguez Sisternes, Zapatero, Cerrillo y otros.

A más de la especialidad de ojos, en que se ejerció Amo Serrano, como un precursor de técnicas operatorias de cataratas, con éxito siempre y en el propio domicilio de los pacientes, se recuerda en Córdoba que don José vivía muy atento a los adelantos terapéuticos, siendo, sin duda, el primero en administrar medicinas por vía hipodérmica, haciéndolo personalmente.

Junto a estos rasgos de su vida profesional (de medio siglo) llena de aciertos, justo es evocar hoy, en este acto académico y entre nosotros sus compañeros, el mérito de su ilustración nada vulgar, que le abrió la entrada a ocupar en este instituto nuestro, un sillón de numerario en la sesión pública y solemne de 9 de Noviembre de 1908 y que motivó luego su llamada al cargo de Director que ha venido ejerciendo hasta hace poco, con el celo, interés, integridad y competencia que todos conocemos.

En el acto de su recepción, leyó un interesante discurso, desarrollando el tema: «La tuberculosis hija legítima del alcoholismo» erudito trabajo

al que respondió en nombre de nuestra Corporación; y en otro discurso, el Secretario de la misma, Médico también, don Pablo García Fernández. Quedan hoy en pie pocas personas—acaso solamente los Numerarios Romero de Torres y Enríquez Barrios,—que recuerden aquel acontecimiento.

Después, numerosas ocasiones hemos tenido (yo puedo testificar de las que se sucedieron desde 1912 a 1951) de escuchar la reposada palabra de don José Amo, primero en la Sala de Cabildos del Hospital de la Caridad, hoy Museo, y luego bajo estos techos del viejo convento de San Pablo, aposentos sucesivos de nuestra Academia. Relatarlos uno a uno, fuera larga tarea. Baste recordar aquel día 12 de Enero del 24, en que pronunció su curiosa conferencia sobre el tema: «La vida en la obscuridad»; aquella otra sesión en que trató del Padre Julio Alarcón Meléndez, jesuita, cordobés y poeta su coetáneo; aquel trabajo sentido sobre don Fernando Amor y Mayor el Catedrático romántico de nuestro Instituto; o aquel discurso inaugural de la Semana Califal, que con tanta resonancia en España y fuera de España, celebró esta Academia; o aquella respuesta que dió en la recepción pública del Doctor Jiménez Ruiz, nuestro compañero, a su discurso de entrada.

En todos estos momentos de la vida de nuestra Corporación, y en muchos que no enumeramos en gracia a la impaciencia que sentimos por escucharle ahora, don José Amo, sin pretensiones oratorias, lisa y llanamente, con pausada serenidad, nos ha deleitado muchas veces con el fruto de sus elucubraciones, nos ha entretenido con su claro sencillo y ameno decir, y ha dejado en el mejor lugar el papel de Director efectivo que, hasta hace poco mas de un año llevó por esta y otras tribunas de Córdoba, con suma dignidad.

Recordad, por vía de ejemplo vosotros los Académicos presentes, aquellas conferencias «La fisonomía», comenzadas en un curso y acabadas en el siguiente. Aquellas reflexiones sobre «Silvio Pellico» con que nos regaló en la sesión del 6 de Marzo de 1926; y aquel discurso inaugural de las tareas del 26 al 27 en que cantó a la naturaleza y probó una vez más el deleite que siempre ha sentido por plantas, flores y animales.

Hagan todos memoria de aquel tema «En busca de la felicidad» que desarrolló en el curso 42 a 43 sobre el que se abrió controversia en la que intervinieron Castejón, Enriquez, Roldán Arquero y don Pascual Santacruz, como de aquella breve y elocuente contestación que en 30 de Octubre del 43, dió a nuestro colega Jiménez Ruiz, cuando este en su recepción solemne, trató de «Cirugía ocular».

Otra faceta de la fina sensibilidad de don José Amo, ha sido siempre su gusto exquisito por las Bellas Artes. Basta haber visitado su vivienda: la casa número 11 de la calle del Císter, esquina a la Ramírez de las Casas-Deza, (casa levantada de planta en los años hacia el de 1890, por un

ingenioso maestro de obras: don Juan de los Reyes Gómez, en su traza, en su distribución y en su porte, edificada a gusto de nuestro don José) era el digno continente de un bello Museo. Don José vivió treinta años entre pinturas y esculturas bellísimas, grabados buenos, objetos de arte, y antigüedades selectas. También en su casa se hace música a diario. Y por si era poco, para deleite de su espíritu, le hemos contemplado veinte años en su domicilio del Císter, y muchos más, en su habitación de la calle Doctor León Torrellas, (convertido en bella casita luego, de la moderna vía de Cruz Conde) cultivando personalmente cientos, millares de macetas de plantas de las más raras y delicadas especies, o cuidando con deleite pájaros exóticos.

Desde otro punto de vista, la vida familiar de don José, vida pacífica y equilibrada, desde su niñez ha sido el mejor coadyuvante para que alcance ancianidad tan serena y saludable.

Recordemos lo dicho antes: Amo, antes y después de su orfandad, vive en la casa del Médico Cobos quien tiene para él, el mismo cariño, las atenciones y cuidados de un verdadero padre. Tanto este hombre bondadoso como su esposa doña Ana González Urbano, centró en el muchacho sus predilecciones y le hacía objeto de un trato tan generoso, como si el pupilo llevara su sangre. A ello correspondía en todo momento el favorecido, con el máximo respeto, dando pruebas de su buen natural y de esta firme circunspección, que aún podemos admirar en su conducta, en sus gustos, en sus modales caballerosos.

Llega un día, en que el cariño que el matrimonio Cobos-González profesa al joven estudiante de Médico, se desdobra. Es que ha arribado a la casa, otra persona que el señor Cobos y su esposa, van a adoptar también. De hecho, no de derecho, tal como había ocurrido en el caso del niño vecino. Una joven bella sobrina de la señora de Cobos, llamada como ella; Ana González, (cien años hará en agosto también, de su nacimiento,) viene a contar el número cuatro, en aquella bien avenida familia. Esta damita con lazos de sangre, se llama Ana González Repiso, era sobrina carnal de su homónima doña Ana González Urbano de Cobos. La extrema discreción, la caballerosa y noble actitud de un ahijado para con otro, el respeto mutuo de la convivencia, ejemplo fueron en las casas de familias cristianas de Córdoba, con aquel estímulo y aquella comprensión inteligente en que solían desenvolver los tratos en intimidad familiar, noble y honrada en aquellos tiempos.

Otro día don José Amo y Serrano, llevó al altar con la feliz complacencia de las parentelas de ambos contrayentes, a la Srta. Ana González Repiso, sobrina de sus padres adoptivos. Romántico capítulo de sus vidas que floreció en un hogar delicioso, que Dios bendijo con dos hijos, y que Córdoba admiró con viva simpatía.

Los hijos de aquel venturoso matrimonio (justo es proclamarlo) siguie-

ron uno en profesión y los dos en caballerosidad y honradez, la huella de su progenitor. Pero uno, el menor, murió inopinadamente en el año de mil novecientos catorce cuando ejercía un alto cargo técnico-mercantil dependiente del Ministerio de Hacienda y había creado una familia dejando dos hijitos huérfanos. Gran herida, que aun no cicatrizó en el corazón del amante padre.

Poco más tarde, el día de Santiago de 1916, bajó al sepulcro la esposa de don José, nublando la alegría de aquella casa que ella había sabido llenar, de simpatía y de amigos que la reconocieran.

Casado en segundas nupcias nuestro venerable compañero con una señora digna que ha sabido cuidarle y hacerlo feliz, dió Dios a este matrimonio desde 1917 acá dos hijas inteligentes y virtuosas que hoy comparten con su madre los cuidados y atenciones que el prestigioso centenario merece. Su casa como antaño, es sede de paz que exhala perfume de virtudes, deleites del espíritu, aroma de tierno amor paterno-filial.

Así en este inolvidable equilibrio espiritual la vida de don José Amo, plana, amable, fácil, sin altibajos de fortuna ni crisis de bienestar, ha arribado al siglo. Vive así don José, sin fatiga, sin astenia del alma, sino en la suave placidez de muchas cosas sabidas, en el deleite de conciencia de todos sus deberes cumplidos: como hijo legítimo, como hijo adoptivo (pletórico de gratitud todavía para los que le dieron el ser y para los que le protegieron), como esposo, como padre, como médico.

El va a hablarnos dentro de un instante de esa su historia viva, mejor dicho, de cien años de historia de Córdoba hecha carne. Lo que él nos diga, lo que, en otras ocasiones, en el Círculo, en su casa, en la calle, o en este ámbito nos pudo él contar, son hechos de su propia personalidad, de su ser, que guarda acaso cicatrices de la lucha diaria de tantos años.

Su rostro (plasmado por cierto a maravilla no ha mucho tiempo por nuestro compañero Amadeo Ruiz Olmos) su traje, sus ideas, sus gestos, nos hablan del pasado; pero de un pasado que en gran parte hemos tocado, muchos de los presentes, con la mano.

Así, sabemos que sus coetáneos rigurosos fueron personas que nosotros hemos alcanzado, conocido y respetado. Nacieron en el año mismo en que vió la primera luz don José, entre otros muchos cordobeses y cordobesas bien conocidos; don Antonio Barroso que llegó a Ministro; el Periodista Mariano Martínez Alguacil; el Secretario de nuestro Ayuntamiento don Manuel Varo Repiso; la virtuosa y santa madre de nuestro Director doña Elisa Barroso Enríquez, el historiógrafo don Rafael Ramírez de Arellano; la simpática dama doña Pola Amigo, el Magistrado don Manuel Velasco, el artista calígrafo (nuestro compañero de Academia) don Manuel Alfaro Vázquez, el popular viejecito don Ángel Baquerizo Serrano, por no contar mayor número de los más conocidos. Todos están en la paz de Dios a estas horas y el único que los ha sobrevivido, es este caballero de envidia-

ble salud, que con completa lucidez de su cerebro, ocupa nuestra dirección honoraria, y hoy recibe merecido homenaje de todos nosotros.

Don José es una época, y más de una época, en los anales de la ciudad. Ha pertenecido intensamente a ella durante un siglo y ese siglo ha sido de los que más honda huella dejaron en la historia política de la patria grande. Esa historia actual que don José ha vivido y que le dió cualidad de contemporáneo para tantos y tan variados sucesos, es la base de su ancha cultura, como lo es de su vida austera y aficionada al estudio; su gusto por la lectura; su serenidad al enjuiciar, su palabra infalible, con alcance de escritura pública y otras prendas personales, de formalidad en sus tratos, de equilibrio de espíritu, de morigeración en las costumbres, de paz en el alma.

Don José, a lo largo del siglo que lleva en pie, oyó hablar como de cosa viva y presente, de multitud de capítulos tan relacionados entre sí, aunque heterogéneos como estos: las luchas constitucionalistas, las consecuencias de la tarea de Mendizábal desamortizando los bienes de la Iglesia, la guerra de Marruecos, la infancia de los Reyes y de un príncipe en camino de Rey, la noche de San Daniel, la sublevación del Cuartel de San Gil, el combate del Callao, la revolución de Septiembre y la caída de Isabel II, el Gobierno provisional de Serrano, la Constitución del 69, la entrada y pronta salida de Amadeo, la segunda guerra Carlista, la República con su rápido desfile de figuras señeras—Figueras, Pi y Margall, Salmerón, Castelar—, el grito de Martínez Campos en Sagunto, el reinado de Don Alfonso XII, la Constitución del 76, la Regencia de aquella gran señora Doña María Cristina de Habsburgo-Lorena, la mayoría, coronación, boda, gobierno dilatado y abdicación de Alfonso XIII; la Exposición de Barcelona, el Código Civil, las luchas de los moros en Melilla, la insurrección de Cuba y la guerra con los E.E. U.U., la pérdida de las Colonias, el tratado de París, la semana trágica de Barcelona, la gran guerra, la Dictadura de Primo de Rivera, la República del 14 de Abril, el Movimiento Nacional de Franco, los horrores y angustias de la guerra civil y las noticias tristes de la guerra marxista.

Don José ha vivido y ha paladeado todo esto. Nació bajo el signo de Isabel II y ha conocido cuatro Soberanos, un Gobierno Provisional y dos Repúblicas. Tiene sobrados motivos para enjuiciar las conductas de los hombres y de los pueblos; experiencia certera de cómo se fabrica la historia que más nos interesa: la de la Patria propia.

Nunca fué político militante Don José Amo. Hizo bien. Tenía muy de cerca noticias de que las luchas de partidos acaban con los hombres a la corta o a la larga.

Se sabía de memoria la historia interna de Córdoba de sus tiempos de joven, con sus políticos antiguos y sus partidos turnantes en el Ayuntamiento y en la Diputación, atados de pies y manos sin poder hacer casi

nada beneficioso para la ciudad, por temeridad de recursos. D. José que alguna vez se encontró mortificado, con ocasión de ejercer un cargo técnico-administrativo-sanitario, supo sobreponerse, mantenerse al margen de toda lucha y no claudicar. Él era de los que pensaban (y pensaba bien) que la medicina es sacerdocio, misión y no función; y sabía que el médico popular, sin inclinarse a un lado ni a otro, ha de entrar saturado de la confianza de sus clientes en todos los hogares, y lo mismo gozó de fe y de simpatía en la casa del prohombre liberal, de esta o aquella fracción (aludo a mi padre, de quien fué lealísimo amigo) que trataba muy de cerca a jefes de los Conservadores, como Alvarez de los Angeles o Tejón y Marín.

Su prolongada existencia, tuvo desde el principio y sigue ofreciéndolas notas características; serenidad, circunspección, formalidad, algo muy especial entre tanta pirueta como suelen hacer los hombres.

La privilegiada memoria de este atrayente amigo y compañero nuestro le permitirá, sin duda, recordar todavía millares de sucesos, de impresiones recogidas, de hechos notables que él ha vivido; y yo me figuro, que, cuando en el quieto remanso de su casa, tranquilo y en paz, dormita en una butaca mientras velan su medio sueño, la amante esposa y las hijas cariñosísimas, por la mente de don José se suceden cuadros de una larguísima cinta cinematográfica invisible, que van trayéndole estampas cordobesas de cosas que se fueron para no volver y que él vivió en su momento de actualidad; mesa revuelta de una Córdoba pasada, que bien quisiéramos haber sujetado, haber retenido para regustarla de nuevo.

Las páginas del «Diario de Córdoba» o de «El Defensor», (pan nuestro de cada día) que nos traía con el desayuno por la mañana o con la cena por la noche, el aire de la calle; la familia de los García Lovers, su imprenta y su librería, la rebotica de Avilés en la Cuesta de Luján, o la de Marín en las Tendillas, mentideros diarios al tiempo que zona central libre de peligros, la relojería Suiza, el café de la Purísima, la fábrica del cristal, la fonda de don Fester, la barbería de Pozo y la del maestro Hoyo, la sombrerería de Ariza y Cruz, la Puritana, la fábrica del gas, la tienda de zapatos de «Francino», el Timbre de don Elías, la sastrería de Lubían o la de Padillo, el gabinete, la galería de tablas, en la azotea cerca del cielo, en busca de luz solar, del retratista Romualdo Castro, o del fotógrafo Nogales, la modesta tienda de Porcal o la de Montión para arreglar relojes y paraguas, la casa de los cuadros de Andrés Morón o el breve portal del sordo don Saturio conocido por «el real y medio», precio único de sus mercancías de vidrio imperfecto compradas a voz en cuello; las boticas de Pavón, de Fuentes, de don Roque y de Cerrillo, la fábrica de las velas, de los jabones y de los fósforos de don Eduardo, en el Campo de Madre de Dios.

Don José conoció y anduvo por la Plaza de la Corredera antes y des-

pues del año 92, libre y con tenderetes, sin la ofensa del mercado hecho de hierro y piedra en su centro.

Don José vió dirigir a Sánchez Peña su fábrica de sombreros y a don Enrique Fernández fundar la primera casa de baños en el Campo de la Merced; y don José vió inaugurar también la Caja de Ahorros que los Prebendados de la Catedral abrieron en el Monte de Piedad del señor Medina para los que sabían ahorrar con imposiciones modestas desde 4 reales de vellón.

Y vió al Calcetas trabajar en el Teatro de «Moratín» y asistió a ver bailar a la Cerneta; y se dió perfecta cuenta del viaje regio de Isabel II y su Real Familia a Córdoba, como de la Revolución triunfante en Septiembre del 68, como del cantonalismo al proclamarse la República en el 73.

Nadie nos podrá asesorar con toda fidelidad como este cordobés, de los múltiples acaecimientos que la ciudad presencia a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y de la primera media centuria del XX, por la que hace al País y a sus avatares políticos: varios Pronunciamientos; dos Revoluciones; tres viajes regios, dos destronamientos, una restauración, dos Repúblicas, una Dictadura, dos guerras civiles, la pérdida de las Colonias, como antes el desastre de las tropas Reales en Alcolea.

El decurso de los años y no su voluntad, le ha hecho espectador de incontables sucesos. Y, si es verdad que el género humano solo puede mejorarse por la experiencia y esta es el fruto de los muchos años, ¿quién no reconocerá que don José Amo, nuestro Director honorario, es una fuente, un manantial de experiencia?

Todos le hemos escuchado siempre con respeto; todos le hemos prestado atención y le hemos aceptado sus juicios serenos y sabios sobre las cosas. En la conocida tertulia del Suizo, heterogénea reunión del abogado Roldán, del catedrático Vázquez Aroca, del Maestro encuadernador Francisco Muela, del Ministro, entonces en crisálida, Eloy Vaquero; en el Bar de la calle de la Plata; en esta misma sala de nuestra Academia, le hemos oído opinar sobre mil asuntos, y con verdadera reverencia, con obligado acatamiento, hemos partido de su opinión como de un camino viejo ya recorrido, para poder adelantar nosotros en nuestra búsqueda de la verdad; y es que si todo es fácil cuando ha sido ya ensayado, y el resultado de este ensayo es la vejez, al final de una larga vida de relación, quien se inspira en el consejo de los viejos, ahorra tiempo, encuentra facilidad para hechos nuevos.

¿He dicho vejez?. ¿He aludido a la vejez?

Pues ahora rectifico. No es el adjetivo viejo el que cuadra a don José Amo.

No es viejo todo aquél que haya recorrido el camino de la vida y esté detenido en sus etapas finales.

Longevo, nada más, hemos de llamar a don José Amo y no le llamare-

mos viejo, atenedos a la feliz expresión de Cicerón; «Por mas años que tenga uno, no le llamaré yo viejo, si tiene dientes para comer, vista para ver, no es gordo para andar y tiene juicio para hablar, porque la vejez, mas nos la acarrea la falta de miembros, que la sobra de años.»

No encaja tampoco don José Amo en la ingeniosa definición de la vejez, que el padre Séneca nos dejó estampada en la Epístola 109. Recordadla. La vejez, es:

Retrato de enfermedades
 Posada de pensamientos
 Amiga de rencillas
 Congoja continúa
 Llagá incurable
 Mancilla de lo pasado
 Pena de lo presente
 Cuidado de lo porvenir
 Vecina de la muerte
 Choza sin techo que se llueve por cada parte
 Cayado de mímbré, que con poca carga se doblega.

Esta pintura senequiana no define a nuestro don José, para quien aún no ha llegado a sus posesiones la vejez, ya que la venida de ésta es, invariablemente, con compañía, con escolta de mil males. Y como don José está por fortuna libre de ellos, tampoco puede llamarse a su momento actual Senilidad, que la senilidad es patología, enfermedades de los años.

El es un caso de longevidad, una existencia prolongada, una vida que dura más allá de los términos habituales. Y no le ha preocupado nunca la idea de que un hombre que pasa de los 70, de 80, de 90 años, tiene ya puesto el pie en el estribo. En estos 25 últimos en que le hemos visto presidir y representar a nuestra Academia de modo efectivo, no le hemos notado, ni dolencia, ni abatimiento, ni desilusión, ni tristeza, ni malhumor, ni achicamiento. Ha seguido siendo, un voluntario para la acción.

Bien recordáis que se sentía inseguro de las piernas y que por ello se hacía acompañar, para que no dejara de presidir nuestras sesiones, excitándonos, de modo persistente, a la tarea. Siempre dando ánimos para la lucha incesante, siempre estimulando para la labor. ¿Cuándo acaba V. su discurso? ¿Qué día vamos a señalar para la recepción de V.? ¿Por qué no trae V. para el sábado próximo unas cuartillas sobre tal o cual cosa? Y así, siempre, en su papel de Director y de honrado tutor de la Academia.

Cuando le oíamos disertar sobre algún tema, cuando admirábamos su envidiable memoria para retener, fresco y lozano, el fruto de sus largas

lecturas, hemos pensado en silencio más de una vez: ¡qué gran ventaja es la carga de años, sin achaques de vejez y con la mente lúcida para saberlo todo, para rememorarlo todo, para ilustrar a los demás sobre el largo pasado intensamente vivido!, ¡qué alto sobreprecio tiene en la vida, la atinada y provechosa lección de la experiencia!

He leído estos días: «Cervantes, tal vez no hubiese compuesto el Quijote de su juventud, sino cuando fuera en verdad, síntesis de su vida, resumen de sus dolores, fruto de sus observaciones».

Miguel Ángel era muy anciano cuando concibió la Cúpula de San Pedro.

Tiziano, trazó sus mejores cuadros con más de cien años.

Goethe, había cumplido 82 años cuando hizo su *Fausto*. Lope tenía 72 cuando compuso la *Gatomaquia*, y Wagner acabó el *Parsifal* a los 79.

Edisón, Chateaubriand, León XIII o Cajal, produjeron sus grandes obras, ya con la barba por el suelo.

Don José, ocupado en su ejercicio sanitario, entregado el resto de su tiempo a la lectura, apenas le han quedado horas para envejecer, ni se ha recogido a la vida escondida de retiro que suelen adoptar los viejos, más que por viejos, por achacosos, porque don José no lo ha estado nunca.

Así no es extraño que le borremos la cualidad de viejo, y le saquemos de tal categoría que no le cuadra, y que considerando su firmeza, su salud y su lucidez mental, le cataloguemos simplemente como un caso de extraña y feliz longevidad, pareciéndonos aplicable a él, aquella frase que decía una señora muy conocida en Córdoba: el Supremo Hacedor, que dispone de nuestros destinos, tiene un libro, y tacha de sus hojas, cada día, el nombre del que ya ha vivido bastante, según sus divinos designios. La hoja en que yo estoy anotada, ha quedado atrás con todos los nombres emborrionados, menos el mío, que se quedó trasconejado.

Especiales circunstancias de mi cargo en la Cruz Roja, me han dado a conocer, con ocasión de crear en sus Dispensarios una modernísima consulta de Geriátrica (cura de las enfermedades propias de la edad avanzada, como sabéis) bellas frases del Doctor Blanco Soler en sus explicaciones de Cátedra, que recuerdo cada vez que veo a don José Amo devorar las páginas de las Revistas, de variadísimo contenido, que nos llegan a nuestra Academia y sentir en su lectura inagotable placer; o cada vez que le escucho cuando ahonda en cualquier tema, que la actividad mental no fatiga. Al contrario, los mejores trabajos intelectuales se logran a veces, cuando la actividad de otros órganos acaba. En un cuerpo decrepito, arrugado, seco, acartonado, sigue viviendo un alma cargada de afanes de saber y hasta de deseo incontentible de inmortalidad. Recordad a Baroja y a Benavente, que son más viejos.

Los longevos sanos, don José a la cabeza, suelen mostrar un admirable

espíritu que no parece el contenido propio de la materia que lo ha sostenido cien años, y es que el alma se va afinando, porque se va acercando a Dios más y más, al paso de cada día, aunque la materia se arrugue y degenera y decaiga.

Y ha agregado bellamente el Doctor Blanco Soler en sus notas sobre Geriatria, que «la consistencia y forma de la materia no es la que condiciona su contenido anímico; pero que, el hálito de la vida, da la *manera* a la materia, y lo que se llama degeneración orgánica, se puede considerar como la expresión de un lento abrir la ventana al limpio cielo, para que por ella se escape el alma humana a reunirse con su Creador.

Dejemos a la ciencia moderna el cuidado de definirnos la vejez como etapa biológica normal, el de explicarnos cuando se instala en cada individuo. Preguntemos, si nos interesa, a los geriatras, en qué se diferencian vejez y senilidad (aunque ya sabemos que si la primera es biología, la segunda es patología); y, a qué distancia está la vejez de la muerte. Pero no nos preocupe esto demasiado, mientras la realidad nos ofrece casos admirables como el de nuestro Director Honorario don José Amo, cuyo centenario hemos venido hoy a celebrar.

Longevo, que no viejo ni senil es nuestro don José, Hombre de largo vivir, anciano de larga edad. Sano, equilibrado, sin achaques, no cfrece su trato ni un sólo motivo de repulsa. No hay en él vejez, por que la vejez es fatiga acumulada, fatiga de aptitudes, de ambiciones, de penas y de alegrías, de luz y de tinieblas.

La única fatiga que padece don José, es fatiga de experiencias, desengaño de los hombres y de las cosas, que, no son ya, por desgracia, como han sido en las anteriores etapas de su vida longeva.

Estas experiencias largas que don José nos brinda, no deben perderse, son dignas de admiración y de respeto.

Fortuna que no estamos ya en tiempos de los antiguos sardos, que mataban a palos a los de edad propecta; ni en los de Estrabón, que hablaba de perros sepultureros cuya única misión era devorar a los ancianos sepultándolos en sus estómagos.

Despreciar la ancianidad o combatirla, es cosa propia de pueblos salvajes.

Nosotros estamos hoy aquí para honrarla y enaltecerla, para comprenderla.

El Doctor Amo Serrano, ha aceptado la existencia larga, con alegre serenidad. Llegó a la vida cordobesa mucho antes que nosotros. Ha calado el alma de demasiadas personas. Ha sanado los cuerpos de una legión de cordobeses. Ha estudiado y comprendido a millares de convecinos. Ha tratado íntimamente a varias generaciones, cinco podemos calcular, contando en ellas tal vez demasiados inviernos con frios desengaños.

La vida suya ha sobrepasado el límite habitual de las vidas de sus

compatriotas. El tiempo que medió desde su nacimiento hasta hoy, ha sido más extenso que lo normal, y nuestra Academia en cuya médula está él, en todo lo que va del siglo XX, se alegra, le felicita por su arribo a estas playas de longevidad, le saluda en este día memorable con la venturosa emoción que le saludó, representada por el Director señor Enriquez Barrios y por mí en la fecha 3 de febrero último, y pide a Dios fervorosamente, de todo corazón, que siga dilatando sus días más y más. Manteniéndolo así, sólo nos resta exclamar con San Jerónimo: «No hay hombre de edad tan decrepita, ni fuerzas tan débiles, que no tenga, por cierto, haber de vivir, siquiera unos cuantos años más».

Así sea, don José.

Terminó el homenaje casi familiar que le dedicó nuestra Academia a su centenario Director, con los versos siguientes:

 Mi querido Don José.
 Dícese que cumple años;
 pero nadie decir puede
 que cumpla tantos y tantos.
 Que Dios conserve su vida,
 a Dios nosotros rogamos.

 Toda la vida es un sueño,
 nos dijo un poeta clásico,
 y su sueño, Don José,
 no ha sido un sueño tan malo.
 Si alguna vez en su huerto,
 una flor brotó con llanto;
 si la cizaña en su trigo
 quiso comerse el sembrado;
 si a su nave tempestades
 alguna vez azotaron;
 siempre arrancó la cizaña,
 la amarga flor, de sus ámbitos,
 y ancló la nave en el puerto
 firme el timón en su mano.

 La vida toda transcurre
 entre risas y entre llantos,
 y la suya, *áureas mediócritas*
 de aquellas que amaba Horacio,
 le mecieron, y por ello
 ha llegado a centenario.
 Le inspiró el *Beatus ille*;

ni envidioso ni envidiado,
como Rioja y Fray Luis,
en bellos versos cantaron.

Todo un mundo de recuerdos
hoy por su mente ha cruzado,
y una lágrima ha caído
en su copa al añorarlos.
Evocará aquellos días,
en que volvió doctorado
del Madrid de Alfonso XII
y Facultad de San Carlos,
a ejercer la medicina.
Por las visitas de pago
a dos pesetas cobraba
y a los pobres más barato.

Evocará la tertulia
de la tarde, en el despacho
de Don Francisco Pavón,
humanista boticario,
que alternaba las recetas
con los latinos exámetros,
las recetas de triaca,
de sinapismos y emplastos.
Interesante tertulia
de hombres buenos y sabios,
bajo aquel óleo de Góngora
que hubo Velázquez pintado.

Y aquellos buenos paseos
con Rey Gorrindo, charlando
del Municipio, de Cuba,
o del Pollo antequerano,
de Castelar o de Cánovas,
del Congreso y del Senado.
Y aquellas noches de Agosto,
en que cogidos del brazo,
iba con Belmonte y Müller,
al huerto de cierto barrio,
a conversar con la luna
y oler jazmines y nardos.
¡Floridos huertos de Córdoba,
qué pocos ya van quedando!

Todo lo vive este día
fecha de oro en sus fastos,
dolor, amores y ensueños
van por su mente pasando.

Cicerón, el gran tribuno,
de la vejez ha tratado
en su libro «Los oficios»
y sus máximas copiando
Don José, las puso en práctica
y hele aquí, tan fuerte y majo.
Se levanta con el sol,
en el invierno y verano
y en aficiones trabaja
de ornitólogo y botánico.

Le pintó Muñoz Lucena
en magnífico retrato,
con negra barba corrida,
de las de tiempos románticos
y en que al Padre Ceferino
le visitaba en Palacio.
Cordobés de pura cepa:
junto al Potro, fué criado.
Con el agua de su plácida
fuente, le bautizaron.
Fuente del Potro, a guitarra
suena tu manar letárgico
en la noche silenciosa,
y a la prima de tu canto,
contesta el bordón del río
que pasa tu umbral besando.

Cordobés de pura cepa,
junto al Potro le criaron.
Si se le cruza en la calle
guapa moza, muy ufano,
con toda calma se vuelve
a ver su línea y su garbo.
Siempre bueno como nadie,
siempre probo en cuantos cargos
desempeñó con gran celo.

Elegante literato,
 un archivo su memoria,
 de mil sucesos de antaño,
 figura austera en que vemos
 como una sombra con trazos
 de tantos seres queridos
 que por la vida pasaron.
 Don José, felicidades
 Brindemos, la copa en alto.
 Vaya un sorbo de *Montilla*
 y venga ese fuerte abrazo.

Vicente Orti Belmonte

- El 11 de marzo fué igualmente objeto de una sesión de despedida y cena íntima posterior, al ilustre publicista y orientalista don Vicente García Figueras, ascendido al grado de Coronel de Estado Mayor con destino en la Comandancia de Ceuta, y dejando en nuestra Academia una intensa y fecunda labor.
- El 27 de marzo disertó don José Luis Fernández de Castillejo sobre *La Religión y los obreros*.
- El 23 de abril conferencia de don Víctor Escribano y Ucelay sobre *Arquitectura y Urbanización de Roma*.
- A la sesión del 24 de abril asistió el profesor de Literatura de la Universidad norteamericana de Texas M. John Varner, quien leyó unas eruditas cuartillas sobre su viaje a España e investigaciones sobre el Inca Garcilaso.
- El 1 de mayo también asistió a sesión académica la Srta. Josefina Cruz de Caprile, la cual fué saludada expresivamente por nuestro Director, y contestó dando lectura a un trabajo titulado *Por los caminos de América y España*.
- El 14 de octubre de 1954 fué inaugurado el curso académico en sesión pública con asistencia de autoridades y auditorio. El académico secretario don José Luis Fernández de Castillejo leyó la memoria reglamentaria. El numerario don Vicente Flórez de Quiñones leyó el discurso de apertura titulado «Pruebas y Notarios en el Islam Medieval». El director don Manuel Enriquez Barrios declaró abiertos los estudios.

- En la sesión sabatina del 16 de octubre la Academia consignó en acta su pesar por el fallecimiento del ilustre escritor catalán Eugenio D'Ors; don Rafael Aguilar leyó un artículo de prensa sobre el Inca Garcilaso.
- El 23 de octubre don Rafael Castejón habló de sus impresiones de viaje por Suiza, con proyecciones en color.
- El 30 de octubre don Adolfo Chércoles Vico hizo el panegírico del ilustre escritor catalán Eugenio D'Ors, del que fué amigo personal, resaltando el relato biográfico con curiosas anécdotas.
- El 20 de noviembre disertó el Canónigo doctoral don Narciso Tibau sobre el «Dogma de la Inmaculada».
- Siguiendo el curso de conferencias sobre la Inmaculada con motivo especial del Año Mariano, el 27 de noviembre disertó don José María Rey Díaz.

NECROLOGÍAS

José Muñoz San Román. El 28 de enero de 1954 falleció en Sevilla, de cuya provincia (Camas) era natural, el ilustre poeta y periodista que en la novela, la poesía y el cuento deja a la posteridad reflejos fieles del romanticismo y el casticismo sevillanos. Ha fallecido a los 78 años de edad tras larga y cruel dolencia. Nuestra Academia le había designado Correspondiente en la capital sevillana, el año 1917.

Andrés Ovejero Bustamente. El ilustre catedrático jubilado de la Central falleció en enero de 1954. Nuestra Academia le nombró su socio Correspondiente el año 1927 a consecuencia de brillantes intervenciones docentes en actos culturales de nuestra ciudad, manteniendo una serie de elocuentísimas conferencias en la celebración del Centenario de Góngora organizado por nuestra Academia.

Rodolfo Reyes. El ilustre escritor mejicano, al que nuestra Academia designó Correspondiente en su país desde el año 1916, ha fallecido el 30 de mayo de 1954.

Eugenio Barroso Sánchez-Guerra. El 1 de diciembre de 1954, falleció en Madrid, donde había nacido, el 27 de mayo de 1890; fué Doctor en Derecho y diputado a Cortes por varios distritos y Córdoba, representando el partido liberal de la Monarquía, y desempeñando la Subsecretaría de la Presidencia al advenimiento del Glorioso Movimiento. Nuestra Academia le había designado miembro Correspondiente en Madrid el año 1915.

Eugenio D'Ors. El 25 de septiembre de 1954, falleció en su ermita de San Cristóbal, en el pueblo de Villanueva y Geltrú, el ilustre patriarca de las letras hispanas, al que nuestra Academia había designado su Correspondiente el año 1927.

NOMBRAMIENTOS

El 23 de abril de 1954, fué nombrado Académico de Honor el Excelentísimo e Ilmo. Sr. D. Félix Romero Menjíbar, Obispo de Jaén, quien pertenece a nuestra Academia desde hace largos años, dejando en ella una fructífera labor erudita.

- Doña María de la Concepción Sierra Ordóñez, fué nombrada Correspondiente en Madrid el 9 de enero de 1954.
- Don Antonio Palma Chaguacedo, Correspondiente en Huelva el 23 de enero.
- El Ilmo. Sr. D. José Fernández de Velasco y Sforza, Duque de Frias, Correspondiente en Madrid el 13 de marzo.
- Don Gino Tobazzi, Correspondiente en Bolzano, Italia, el 13 de marzo.
- Don Narciso Tibau Durán, Canónigo Doctoral, Correspondiente en Córdoba el 3 de abril.
- Mr. John Varner, profesor de Literatura en la Universidad de Texas, E. U., el 1 de mayo, fué nombrado Correspondiente, así como su esposa Ms. Joanett Varner, por las investigaciones que ambos realizan sobre el Inca Garcilaso.
- Doña Josefina Cruz de Caprile, novelista, Correspondiente el 1 de mayo.
- Don Calixto Doval Amareile, Notario, Correspondiente en Puente Genil, el 1 de mayo.
- Don Miguel Muñoz Vázquez, Maestro Nacional, historiador, Correspondiente en Córdoba, el 8 de mayo.
- Doña Juana Sánchez Lafaurie, escritora, Correspondiente en Santa Fé de Bogotá, el 11 de diciembre de 1954.
- Don Antonio Rodríguez de León, Correspondiente en Madrid el 23 de octubre de 1954. Es escritor ilustre, crítico de arte y periodista, y nació en Villanueva del Rey, de nuestra provincia.

Homenaje a Rodríguez de León

El banquete homenaje a Don Antonio Rodríguez de León, organizado el 24 de noviembre de 1954, en el Círculo de Bellas Artes, de Madrid, por haber sido nombrado Académico Correspondiente en Madrid de la Real Academia de Ciencias,



Fernando Vela ofreciendo el homenaje a Rodríguez de León.

Derecha del orador: Sra. de Carvajal (D. Arturo), Rodríguez de León, Sra. de Rodríguez de León, Vicente Orti Belmonte, Angeles Villarta, Alberto Corrochano

Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, resultó concurridísimo; unos doscientos comensales asistieron en honor al ilustre escritor, poeta y articulista.

Formaron la presidencia: Conde de Colombí, Josefina Carabias, José M.^a Porras y señora, Carmen Corejudo, Fernando Vela, Señora de Carvajal, Antonio Rodríguez de León y señora, Vicente Orti Belmonte, Angeles Villarta, Alberto Corrochano, José Vega Picó, Felipe Sassone y Verdugo Landi.

Representando a nuestra Academia asistió el Numerario don Vicente Orti Belmonte quien leyó la adhesión siguiente:

La Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas letras y Nobles Artes, me encarga que la represente en este merecido homenaje que hoy se le tributa a nuestro compañero Antonio Rodríguez de León.

Creo oportuno, dar cuatro datos, sobre esta vieja Academia fundada durante la dominación francesa en Córdoba por el poeta y Canónigo Penitenciario Arjona, que antes portenció a la Catedral de Sevilla, y aquel que cuando por allí pasó la Duquesa Cayetana, la maja de Goya, camino del coto de Doña Ana, le dedicó un célebre, barroco y conocido soneto.

Nuestra Real Academia, cuenta ya con un brillante historial del cual estamos orgullosos. Hace años, celebró el millenario del Califato de Córdoba y a sus actos, concurrieron tanto personalidades arabistas como musulmanas.

Cuando se celebró el de Maimónides, sentimos la emoción de oír hablar por las morunas callejas de Córdoba el castellano del siglo XV, el castellano de los Reyes Católicos, que nos traían los sefarditas que vinieron al centenario desde varios países de los Balkanes y del oriente, juntos con representantes de sinagogas de Paris y Londres.

También se ha conmemorado el centenario de Góngora, el del poeta Belmonte y Müller, editándose como en los anteriores interesantes tomos de su «Boletín», y últimamente, en la inauguración del centenario del nacimiento del Gran Capitán, tuvimos el alto honor de que aquella sesión la presidiera el Caudillo.

Todos los años desfilan por su cátedra, escritores e investigadores americanos, que a su paso por Córdoba, se detienen a tratar temas referentes a las figuras de la conquista y de la colonización.

Nuestro «Boletín», tiene intercambio con muchos de sus similares de Europa y América y como dato curioso, recordaré que ha sido la primera Academia española que ha nombrado académicas.

El primer nombramiento, recayó en doña Emilia Pardo Bazán, cuando solicitó su ingreso en la Real Academia Española, y esta no pudo nombrarla por prohibírsele sus estatutos, La Academia de Córdoba, a propuesta del catedrático

entonces del Instituto y gran poeta, don Manuel de Sandoval, después Académico de la Lengua, la nombró correspondiente en Madrid y Sandoval nos contaba como doña Emilia, lucía con ostentación y orgullo la medalla de la Academia de Córdoba, en actos oficiales a que concurría.

Hacia 1910, yo era estudiante en Madrid, dorada y lejana juventud, y asistía a las reuniones del café de Levante, de la calle del Arenal; me llevó Julio Romero de Torres y allí concurrían Ricardo Baroja, Anselmo Miguel Nieto, Pompey y el inolvidable don Ramón del Valle Inclán. De aquella reunión surgió el calificativo de llamar «senequistas» a los cordobeses, calificativo que prendió y que Pío Baroja dejó en «discretos»; pues bien, Rodríguez de León, es un cordobés senequista, no de nombre, sinó auténtico, de hechos. En todas sus actividades ha demostrado, prudencia, sabiduría, serenidad, estoicismo.

Que la Real Academia de Córdoba ha tenido un acierto al llevarlo a su seno, lo demuestra el número de amigos aquí reunidos. Por sus cualidades de exquisito poeta, gran articulista, brillante escritor y honrado crítico, yo puedo decir que no voy a más películas que a aquellas que elogia en la revista «Semana», quisimos que su nombre honrara la lista de nuestra vieja Academia.

En nombre de la Real Academia cordobesa y en el mío propio, levanto mi copa deseándole a Rodríguez de León nuevos éxitos literarios, que se sumen a los ya conseguidos.

Vicente Orti Belmonte.

Madrid 24-11-1954.

Academia de Ciencias Médicas de Córdoba

Además de sus sesiones ordinarias, organizó las conferencias siguientes:

«El estudio topográfico craneo-encefálico con criterio práctico y clínico», por el profesor de la Facultad de Granada don Juan Jiménez-Castellano y Calvo-Rubio, el día 30 de enero de 1954.

«Cirugía del simpático lumbar, indicaciones y técnicas»,

por el profesor de la Facultad de Cádiz don Antonio Dueñas Barrios, el día 13 de marzo.

«Cien tumores cerebrales», discurso de recepción del Académico Numerario don Federico López Ruiz, a quien contestó don Enrique Luque, el día 8 de mayo.

«Parasitosis cerebrales: quistes hidatídicos y cisticercosis», por el Dr. don Emilio Ley, de Madrid, el día 22 de mayo.

Instituto Nacional de Enseñanza Media

Ciclo de Conferencias y Conciertos celebrados en mayo de 1954:

«El salón, la Academia y el café», por don Lorenzo Miranda Morán, Catedrático del Instituto Nacional de Enseñanza Media de Córdoba.

«Los enemigos del olivo», por don Jorge Rodríguez Olleiros, Catedrático del Instituto Nacional de Enseñanza Media de Córdoba.

«La Filosofía en la actualidad», por el Dr. don Jesús Arellano, Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla.

«Azorín: Repaso a varias sugerencias poéticas», por el Dr. don Francisco López Estrada, Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla.

«Ciencias exactas y religión ante la Biología moderna», por don Diego Jordano Barea, Catedrático de la Facultad de Veterinaria de Córdoba.

«Maravilloso mecanismo de la visión», por el Dr. don Francisco J. Castejón Calderón, Catedrático de la Facultad de Veterinaria de Córdoba.

«Problemas matemáticos dudosos, irresolubles y paradójicos», por el Dr. don Patricio Peñalver, Catedrático de la Facultad de Ciencias de Sevilla.

«Figuras cumbres del romanticismo», concierto por doña María Teresa García Moreno, Catedrática del Conservatorio Oficial de Música de Córdoba.

«Evolución de la sonata acompañada», concierto por don Joaquín Reyes Cabrera y don Manuel Bustos, Catedráticos del Conservatorio Oficial de Música de Córdoba.

Comisión Municipal de Cultura y Arte

Conferencias:

- El 26 de febrero de 1954, el Dr. Ernest A. Johnson, Jr. del Amherst College, de Massachussets, sobre el tema «Estudios humanísticos en los Estados Unidos».
- El 13 de mayo, el Profesor don José María Ortiz Juárez, sobre «La obra de Mateo Inurria en la Escultura cordobesa».
- El 15 de mayo, el Catedrático de Salamanca don Rafael Láinez Alcalá, sobre «Forma y expresión en el arte de Mateo Inurria».
- El 16 de noviembre, inauguró la serie del nuevo año el publicista Andrés Revesz, con la conferencia «El mundo visto sin ilusión», en la cual trató el panorama internacional en la actualidad.
- El 7 de diciembre, conferencia del catedrático de Madrid don José Camón Aznar, sobre «Estética del arte musulmán español».

Exposiciones de arte:

- El 10 de enero, dibujos y pinturas del sevillano Francisco Díaz y Díaz.
- El 23 de enero, dibujos de Ginés Liébana.
- El 5 de febrero, pinturas de Hans Hahn-Seebruck.
- El 8 de marzo, óleos (temas venatorios de Sierra Morena) de Luis Aldehuela.
- El 21 de marzo, óleos y acuarelas de Rafael Fernández.
- El 4 de abril, óleos y acuarelas de noveles cordobeses.
- El 21 de mayo, óleos y encáusticas del pintor indalitano Jesús de Perceval.
- El 1 de junio, óleos de Fred Petereit.
- En octubre se inauguró la temporada de otoño con exposición de pinturas de Herruzo.
- El 20 de noviembre, pinturas de Antonio Costi.
- El 10 de diciembre, acuarelas del granadino Juan de Dios Morcillo.
- El 20 de diciembre, exposición del pintor cordobés Manuel Gutiérrez Ravé y Rodríguez.

Conciertos:

- El 17 de enero se inauguró la serie de conciertos que la Banda Municipal de música celebra en el salón del Liceo todos los domingos.

- El primero de febrero conferencia del crítico musical don Antonio Fernández Cid.
- El 27 de enero recital de canto del tenor Esteban Leoz, acompañado al piano por Pepita Martínez.
- El 21 de febrero concierto de flauta y piano por Rafael López del Cid-Cerquera, y Gerardo Gombau.
- El 13 de marzo concierto por Simone y Françoise Pierrat.
- El 8 de mayo el pianista Javier Alfonso.

Organizada por la Diputación Provincial, el día 5 de junio conferenció sobre *Yodo radioactivo y tireopatías* el ilustre médico madrileño don Carlos Blanco Soler.

- En la serie de conferencias organizadas por el Conservatorio provincial de Música y Declamación, disertó el 29 de abril sobre *El piano en Beethoven*, el profesor de Madrid don José Moreno Bascuñana.

Sociedad de Conciertos de Córdoba

- Se ha constituido nuevamente en Córdoba una Sociedad de Conciertos, que inauguró su temporada 1954-55, el día 4 de diciembre, en el salón Liceo del Círculo de la Amistad, con un concierto del violinista Luis Antón y el pianista Joaquín Reyes, este último Director del Conservatorio Provincial de Música y alma de esta nueva entidad.

